

Anatol Gorelik “Mi experiencia [pedagógica]”

[Extracto de su libro *Vospitanie v Sovestkoy Rossii (Kommunisticheskaya vlast i Vospitanie)* [La educación en la Rusia soviética (el poder comunista y la educación)], en ruso, editado en diciembre de 1923 en Buenos Aires, por los Grupos Obreros en la República Argentina]

Había podido aportar una cantidad ilimitada de datos, hechos y no pocas experiencias personales e impresiones en el ámbito de la educación bajo el poder soviético. Pero tomé un simple relato de una experiencia de un año y en la medida de lo posible sin orientación partidista exponiendo sencillamente hechos que ocurrieron al que está escribiendo, para que el lector pueda tener una impresión clara de lo que conoció y conoce la escuela y la educación en Rusia y cómo, a pesar de la mejor voluntad de muchos revolucionarios, todos sus esfuerzos se quebraron contra el muro del sistema de cálculo y de distribución, o sea la regulación económica de la vida. [p. 97 ...]

[Fue destinado Gorelik, después de haber escapado al tifus, a un internado escolar y de orientación pedagógica de cuatro plantas con niños entre 6 y 18 años en la provincia de Járkov, jóvenes sin familia procedentes en su mayoría de pensiones zarista] Era el 29 de marzo de 1920. En el patio no se había deshecho aún la nieve y hacía mucho frío. [p. 98... Gorelik siguió a una profesora que le llevo a la planta en que debía trabajar; Se cruzó con jóvenes] descalzos, con la cara sucio y desgreñados, alrededor de una estufa [Visiblemente los niños tenían juegos brutales y llevaban bastantes moratones en el rostro, algunos más pequeños lloraban, p. 99]

Con los comentarios de la profesora, comprendí que en el centro escolar de hecho dominaban los niños y que el papel de los enseñantes era el de vigilantes carceleros. Los resultados de tal situación eran pésimos, tras haber pasado el invierno en la escuela centro de orientación, la mayoría de los niños se largaban de noche, llevándose pertenencias del centro y hasta de las docentes, para irse a la estación de trenes.

“Aquí es imposible trabajar. Para el mes pasado soy la séptima en este destino. Y mañana me voy. Amo a los niños. Pero con ladrones y bandidos, no tengo fuerzas para hacer nada. Esos jóvenes, Miron e Izakovich, mi predecesor los pegaba casi cada día, pero una vez le prepararon una trampa en el pasillo, le hicieron caer y le dieron una paliza. Y él ni sabe quiénes fueron.”

“Y con las mujeres... No aquí es imposible trabajar. Usted ha de saber que pasaron cosas, unas profesoras se llevaron a la cama a muchachos, para disponer de ellos. Algunas veces los propios jóvenes se metían de noche a los cuartos de las limpiadoras. Temo dormir aquí. No duermo de noche.”

El cuadro evocado por la docente, a quien iba a reemplazar, era horrible. [pp. 101-102...]

Me puse a trabajar con los niños. [...] En la planta en que yo empezaba a trabajar, habían reunido Todos los casos desesperados, jóvenes que en su mayoría se habían enviado al centro para ser reeducados. Algunos de ellos ya habían recibido palizas, habiendo sido atrapados por la policía “in fragranti”, pero dado que eran menores los dejaron en el centro. La mayoría conocían todos los vicios. Todos habían fumado, incluso los de seis años. Algunas veces habían destilado vodka.

Los primeros días fueron para mí un infierno constante. Los niños, como me lo contaron después, trataban de hacer conmigo lo mismo que habían hecho antes con las otras profesoras. El profesor, que me había precedido, dio en el extremo de darles tremendas zurras, y una vez, por no aguantar los insoportables insultos, agarro a dos niños por la cabeza y los pegó uno contra otro con tal fuerza que ambos sangraban por las narices. Ladrón, canalla, puta de estación, eran los epítetos más discretos con que los niños se saludaban centenares de veces al día. El sistema se llevaba de tal modo que únicamente comprando al niño de más años, se podía dirigir a los jóvenes, evidentemente con la ayuda de un látigo. Para cada tarea pequeña efectuada por los jóvenes, había que darles comida, porque los pagaban así. Cuando ayudaban en la cocina les daban huesos o porciones. Le influencia de los docentes eran tan insignificante, que ni les respetaban ni los temían, al contrario...

“El profesor es un ladrón, la profesora una puta” era la opinión habitual de los niños sobre los educadores. [pp. 102-103...]

Empecé por proponer a los niños quitaran de sus dormitorios los piojos y la suciedad y las ventilaran, pero se rieron de mí.

Tras mucha insistencia algunos niños lo limpiaron todo, y se ponían a la obra por sí solo. Al principio solo se reían de mí, pero a los tres días de gran trabajo se pudo poner en los dormitorios algo parecido a un estado normal. La electricidad fue arreglada, lavados los cristales y los suelos, y los niños poco a poco se pusieron a trabajar. [...]

Al final se instaló una bañera y los niños quitaron la suciedad de varios meses de sus rostros y sus cuerpos. Se les dio una camisa limpia, algunas, prendas de vestir y el humor de los niños ya era otro. La atmosfera cambió algo, pero seguía insoportable.

El 11 de abril, día de pascua, se pudo poner un gran mantel bonito, con los cubiertos (plato, tenedor, cuchara y cuchillo), y una porción de pan, y los niños con impaciencia y puntualmente, de pie o sentado, se pusieron a almorzar sin romper o estropear nada.

“*Camarada profesor*” ya era mi nombre y entre los niños tenía algunos amigos. Los robos proseguían, quedaba mucho por hacer, pero se sentía una nueva inspiración. [pp. 104-105...]

Ya expliqué antes que no me detendré en este escrito en los detalles de la obra pedagógica y educativa [p. 110...] Por eso sólo cuento aquí de pasada cómo conseguí que se interesaran los niños en actividades escolares. Uno de ellos, con doce años, Bas, me habló de sí mismo, cómo había estado ya en el primer curso del colegio, y cómo la muerte de sus padres le echó a la calle. Me contó lo que había aprendido y me dijo, entre otras cosas, que dibujaba bien.

Le propuse que me mostrara cómo dibujaba y se puso a hacer algo elegido por él. Le di un cuaderno para dibujar y un lápiz y se puso a trabajar.

Empezó a dibujar un armario.

Alrededor suyo se reunió un montón de niños que al principio sólo miraba, pero luego poco a poco, uno por uno, se lanzó al trabajo.

Una semana después, casi todos dibujaban o escribían. Entre los dibujantes una parte empezó a compartir su receptividad y asimilar con destreza la técnica del dibujo. Les daba alientos en esta labor. Me pasó comprar lápices, gomas y material con mi propio dinero, para dar la posibilidad a los niños de continuar trabajando. Al cabo de cierto tiempo consiguieron algunos colores y pincelitos. Y los pintores empezaron a actuar... Una actividad febril se apoderaba de los niños.

E incluso entonces cuando los éxitos habían llegado a la autoridad educativa provincial y que ésta se ufanaba como si fuera obra suya [Nota del autor: En general durante la revolución soviética hubo todo tipo de iniciativas privadas, y una serie de varios organismos y “organizadores” encomiaban los frutos de estas iniciativas, cuando sólo las habían frenado y hasta a los propios docentes les habían amenazado muchas veces], no obstante los niños no recibían lo imprescindible: ni papel ni lápices, ni colores ni libros, ni material. Y de los demás no hace falta hablar. (pp. 111-112)

[...] En general entre los docentes y los educadores había sinceramente mucho afecto por los niños y deseo de obrar con toda el alma en esta dirección. Pero les desanimó la reglamentación centralizada, les desalentó el control político y les devoró el aparato burocrático. Y ellos con gran entusiasmo y energía al principio, se convirtieron al final en funcionarios escrupulosos, cuando no dejaron del todo el oficio. Y en el centro escolar el personal pedagógico cambiaba a menudo y el trabajo era realmente difícil.

A pesar de todas estas dificultades y obstáculos, los niños progresaban. El primer paseo por el bosque acarreó la detención de toda clase de mariposas, abejas, avispa, y otros insectos. Los niños habían agarrado culebras negras, algunas ranas, dos lagartitos, y tomado una serie de hierbas, flores y hojas.

Mi habitación, yo vivía ya en el centro escolar, se fue convirtiendo en un museo. Las colecciones, el herbario, el cuidado de los animales empezaron a cautivar a los jóvenes. Bastante diré con que los lagartos, en la hierba en una caja de vidrio, pusieron huevos; las ranas chapoteaban en el agua con los lagartos; los conejos corrían por el cuarto; y la vida, viviente, infantil, juvenil estaba hirviendo y era la base del centro escolar.

Las actividades escolares con los niños progresaban con un ritmo rápido. Pero yo estaba solo. [...]

Estar cumpliendo el turno en la cocina con los niños (se había introducido un turno de los alumnos con el educador para todas las tareas en el centro y en la cocina). Se tuvo que dejar jóvenes a solas en la cocina. A uno le gustaba “escribir” en los panes, otro ponía su nombre “Kolia” [Nico], un tercero recitaba poemas o cuentecitos, y así era con los demás. Y el trabajo con los niños exige una inmediata concentración y cautela.

A menudo sucedía que me era difícil aguantar y no correr para meterme en la sala de profesores. Estaba cayendo en la mecanización del trabajo, en el establecimiento de la banalización. Pero esta actitud anormal la sentía en breves periodos y estaba obligado, por la práctica establecida, a acudir al método de la individualización de las actividades y a la libre creatividad de los niños en todos los ámbitos de nuestros trabajos.

Yo debía ser limpiador de suelos, alumno, profesor, cocinero y, en caso de necesidad, niñera y enfermero. Lo tenía que hacer todo: pintor, escultor, músico, gimnasta...

Y al final los niños comenzaron a crear. Habiendo dado con una lámpara mágica, empezaron por su propia iniciativa creadora a dibujar dibujitos en pedazos de vidrio. Y en una hermosa tarde, los pintores-improvisadores enseñaron en el salón de actos decenas de cuadros suyos sobre varios temas. Al mismo tiempo habían recortado el vidrio con un pedernal o tijeras en el agua, una capacidad que no pude adquirir en absoluto. Uno de ellos, que había dejado el reformatorio, lo enseñó a los demás niños. Y los niños se comunicaron unos a otros el método y aplicaron estos conocimientos en varios planos. Yo me presentaba únicamente en los momentos difíciles o críticos con la “autoridad” de consejero o participante en sus trabajos.

La actividad en el Centro era desbordante, como en una colmena. La vida era la clave. Empezaron a manifestarse trabajos interesantes y vivientes. Comenzaron a interesarse por lo que se hacía en el Centro de Orientación, y el Departamento de Educación Popular dedicó su atención a la labor iniciada. Aparecieron en el Centro varios folletos, cuadernos, portaplumas, plumas, tintas. Y los antiguos ladronzuelos, los ex bellacos y niños fuera de la norma comenzaron a olvidarse de su vida pasada e incluso sirvieron de ejemplo para los otros niños de otros centros.

En general toda la vida del Centro cambió bruscamente. Los castigos desaparecieron. La inspiración en el Centro y el apoyo mutuo eran libres, y los más desesperantes bandidos y ladrones empezaron a separarse de sus diversiones y caprichos anteriores. Los robos fueron menguando, la mendicidad se convirtió en una excepción, hasta que durante un precioso día, a petición de los propios niños, lo robado por dos jóvenes recién llegados, fue en parte devuelto y habló el orgullo del grupo “entre nosotros no hay ladrones”. [pp. 113-115]

Los mismos jóvenes comenzaron a orientar sus vidas y sus trabajos, creando orden.

Yo había dejado a los compañeros 13.000 rublos y había creado una caja común en la mesa de trabajo de mi dormitorio. Cada niño ingresaba de modo libre y tomaba dinero libremente en esta caja según su humor. Es de notar que un par de meses después del traslado de algunos niños a otro centro, uno de ellos dio una vez conmigo en la calle y me devolvió 1.000 rublos que debía a dicha caja, y de los que yo ni tenía conocimiento.

Nunca conservé algo encima y nunca gasté, con excepción de moneditas. Y si me faltaba el sacapuntas, a los dos días el mismo niño que las había tomado me las devolvía con la explicación de que era para jugar.

Pero la libertad de los niños despertó reproches y rumores de parte de varios organismos y círculos de docentes. Los jóvenes con más años iban a menudo al teatro, a los museos y de paseo sin acompañantes. Y si bien nunca, en todo ese tiempo, no hubo ninguna denuncia en contra de ellos, la insatisfacción arreció. Y, por momentos, estallaron los primeros casos de irritación de los mezquinos tutores de la moralidad de estos niños. Pero estos jóvenes estaban orgullosos de la confianza que les tenía el “camarada profesor” y ni una vez abusaron de ella. Precisamente dicha confianza construyó en estos jóvenes una fe en sí mismos, en su personalidad, en su fuerza ética.

Lo único que me permitía con estos jóvenes era plantearles durante charlas ocasionales malas conductas de ellos y discutir del bien y el mal de estas picardías sobre cada uno de nosotros.

El uno de mayo los niños dieron un primer pequeño concierto, preparado y organizado por ellos.

A principios de mayo, se organizó un club que tenía 17 secciones: dibujo, literatura, música, teatro, ciencia, deporte, etc. [...pp. p. 116-117]

(Existía un horario diario que) “únicamente servía para los instructores, los órganos oficiales del poder y los partidarios de los trabajos “organizados” y planificados. Para mí y los niños todos estos horarios de papeles eran inútiles. Estudiábamos de acuerdo a las circunstancias y a la disposición de cada uno de los niños. El sistema de las tareas individualizadas suele permitir a cada joven ocuparse de lo que desea y cuando lo desea. Y todos los niños por lo general al mismo tiempo se dedicaban a casi todo.

Por la noche sobre las 20 – 21 h., los jóvenes se reunían en los dormitorios y charlaban de varios temas. Hasta que al final se interesaron por la geografía, la historia, la zoología, la botánica y ya buena parte de las tardes se dedicaban a un tema de estas cuestiones.

No se alcanzó eso sin grandes dificultades. Al pasar un día por los dormitorios de los niños, me senté a escuchar charlas sobre viajes de varios jóvenes. Uno de los jóvenes comenzó a contar el periplo de Nat Pinkerton en India. Lo que le pasó en Calcuta... Eso dio pie a seguir el viaje en India, China, en islas, estrechos, ver el cenit y el horizonte, y, por consiguiente, inventar para los niños, durante los atardeceres, cuentos bonitos de viajes por todas las partes del mundo y hasta de los polos. [p. 118...]

A mediados de mayo la mayoría de los niños participaba en un taller de la Casa de la Cultura Lunacharski. 11 iban al dibujo, 19 a la escultura, 6 a declamación, 11 al canto, 6 al piano, 8 a la gimnasia rítmica. Globalmente, casi cada niño había ido a un taller. Entre ellos dos tenían 6 y 7 años. Se dieron y aparecieron, más o menos, jóvenes con dotes para el futuro: 5 en dibujo, de los que 2 o 3 ya eran talentosos, 4 en escultura, 2 en declamación, 3 en canto, 2 para el piano.

Lo importante es que la mayoría de los niños en esa época no tenía nociones del arte, y el piano de la Casa de la Cultura, estaba siempre averiado y se debía tocar cerca de una fuente de calor.

A pesar de todos estos éxitos, mis gestiones para abrir un taller técnico en el centro escolar, en especial de cerrajería, habían sido baladíes. [p. 119 ...]

Al final tras muchos fracasos para crear un taller en la escuela, contacté fábricas para abrir una sección de taller infantil. Recibí una respuesta del mismo presidente del VUTSIK (aparentemente Departamento del Comité Central Industrial] en la que prometía tal creación puesto que los sindicatos estaban preparando proyectos. Pero los proyectos quedaron meros proyectos. [...]

A pesar de todas las torpezas burocráticas y de las intrigas políticas, con todo, tras bastantes esfuerzos, papeleos oficiales y luchas contra la enorme tontería y pesadez de los funcionarios soviéticos, se pudo preparar para el 30 de mayo una exposición en la escuela y centro de orientación. Se habían invitados a los niños de la Casa de la Cultura (no había más espacio y no pudieron asistir los niños de otras Casas), los educadores de otros centros, los representantes del Departamento de Educación y del Comisariado Popular de Cultura [de Járkov], etc.

En tres grandes salones se exponían las obras de los niños: más de 200 dibujos, unas 260 realizaciones de arcilla, desde la rueda al barco de vapor, armas de largo alcance, el busto de Carlos Marx y un águila en vuelo.

Las representaciones de las fantasías personales de los jóvenes, excepto pocos casos, procedían de la libre creación bajo la influencia de los embates exteriores.

En la sala museo se exponía una serie de obras de vidrios coloreados: una locomotora que atraviesa un bosque, la entrada de una fábrica con las banderas rojas que ondean, etc. No es el lugar para evocar todas las riquezas de la fantasía infantil y de su creación. Las colecciones, los herbarios, dos retratos a lápiz, la linterna mágica con algunos centenares de cuadros originales sobre vidrio para lámparas estaban expuestos en los laterales de armarios.

Se había colgado en el salón varios programas ilustrados [nota del autor: parte de los programas queda en el recuerdo de los asistentes. Uno está en el 1 Departamento de abastecimiento de Comité Popular de Cultura de Ucrania. Todo el material mío sobre el trabajo con los niños, y todo lo que ellos me regalaron como recuerdo está por una parte en la Cheka de Járkov, por otra en la de Moscú]. Uno que habría envidiado cualquier dibujante y dos ejemplares del periódico manuscrito de los niños *Detski Mir* n° 1 [el mundo infantil. Nota del autor: uno de los ejemplares, que me ofrecieron los jóvenes, fue tomado por el poeta Glubokovski para leerlo y quedárselo; el otro tiene que haber quedado en uno de los centros escolares de Járkov.]. Se componía de poemas originales, recuerdos, cuentos, piezas y hasta tragedias de la vida revolucionaria: “*Los últimos días de la Comuna de París*” escrita por 13 jóvenes de Voronovo. En el periódico había dibujos, ilustraciones, viñetas. En general el

periódico estaba elaborado y compuesto por los niños, que solamente en pocos casos habían pedido el asesoramiento de los docentes. [pp. 120-121...]

Otro hecho característico de la significación inconmensurable de la libre educación es el siguiente. Los niños, que odiaban a los bolcheviques, de cuyos labios no salían palabrotas, sin haber oído la propaganda oficial, gracias a la influencia de la educación y todo lo que habían realizado, empezaron a empaparse de posturas radicales, pensamientos revolucionarios y a interesarse por la vida. Muy a menudo entre los jóvenes con más años había discusiones sobre los anarquistas y los bolcheviques, las comunas, la mejor vida posible. [...]

Al hacer un trabajo puramente pedagógico y educativo, al desarrollar la personalidad, la iniciativa, el instinto creativo y el esfuerzo por una vida colectiva voluntaria y libre, se logró al mismo tiempo despertar los instintos anarquistas y el interés por el pensamiento anarquista.

Por supuesto, esta curiosidad era primitiva, infantil, ingenua, pero funcionaba el pensamiento y buscaba la creación. [p. 122-123...]

Pero yo estaba solo en mi trabajo. Todas las palabras de aliento, todas las alabanzas oficiales y no oficiales no podían dar ningún resultado para la obra educativa, que me absorbía por completo en aquel momento.

Llegué al punto de tener que trabajar encamado, con 38-39 de temperatura. Los niños estaban conmigo en el dormitorio y proseguían toda la jornada sus trabajos. Ellos hacían todo lo posible para aliviar mi trabajo que superaba mis fuerzas, pero con todo no podían sustituir un imprescindible auxilio. No podían dar más de lo que podían. Y el aparato burocrático mataba todos los brotes que estaban madurando con tantas dificultades encima de sus capacidades. Yo sentía que no iba a tener las fuerzas como para continuar en este trabajo tan pesado, con toda la presión física y moral necesaria, en este entorno matador y con una burocracia criminal. Convertirme en un docente-funcionario, no lo podía y no lo quería. Veía yo toda la lucha incesante y mezquina pasada, la pelea agotadora por cada lápiz, cada hoja de papel, cada portaplumas, cada pluma, sin hablar ya de cada innovación y cada conquista del derecho real a la autonomía e independencia dentro de la tarea educativa. La lucha contra la administración burocrática del poder soviético, contra la política educativa de los comunistas, contra la estupidez y el absurdo de su práctica pedagógica. En una palabra, entregarse a la lucha interminable, cada día y cada hora, sin esperanza por una ayuda en la tarea educativa, excepto en cuanto a buenos deseos y palabras... [pp. 123-124]

Tal es mi experiencia, por supuesto, personal. Y es globalmente en Rusia la posición de cada trabajador honesto de la cultura y de la pedagogía, que las aplica en la práctica. Y mi experiencia personal se presenta únicamente como imagen, como hechos mucho más aleccionadores que cuanto escribí. [p. 139]